

JORGE LUIS BORGES. *Leopoldo Lugones*. Con la colaboración de Betina Edelberg. Editorial Pleamar. Buenos Aires. 1965. 144 p., 12 x 20 cm. Segunda edición.

La segunda edición de este libro no aporta demasiadas variantes respecto de la primera —Troquel, 1955, Bs. As. En cuanto al texto, solamente se ha agregado la conmovedora dedicatoria a *El hacedor*, que se cuenta entre las páginas más intensas de Borges. Con buen criterio, se añade ahora una bibliografía preparada por Edgardo Cozarinsky y distribuida en dos partes: bibliografía de Lugones (p. 107) y sobre Lugones (p. 107). Según consta en nota *Esta bibliografía no aspira al carácter de compilación erudita. Es, solamente, una selección y ordenamiento con alguna adición incidental, de materiales incluidos en la más completa publicada hasta ahora: Alfredo A. Roggiano,*

*Bibliografía de y sobre Leopoldo Lugones, México, Editorial Cultura, 1962* (p. 99).

El libro se compone en parte de trabajos ya publicados y de vario alcance y procedencia. Estas disparidades no lo reducen a la mera adición o colecta. Es un libro orgánico, una sagaz visión de Lugones desde diferentes puntos de vista. Hombre de muchas fases, estos cambios de perspectiva favorecen el conocimiento cabal de Lugones. Los propósitos de los autores se resumen en la *Advertencia* (p. 7); son claros y no eluden responsabilidades: *Este libro es una introducción a la obra de Leopoldo Lugones. Situar esta obra en la historia de la literatura argentina y de la literatura hispanoamericana, proponerla a la curiosidad del lector y esbozar un principio de orientación por su poblado ámbito, son los propósitos fundamentales de este trabajo.*

*Queden para otros los exhaustivos análisis estilísticos y la historia de un hombre solitario, orgulloso y valiente, cuyos libros despertaron la admiración, pero no el afecto, y que murió, tal vez, sin haber escrito la palabra que lo expresara.*

El rasgo definitorio que el libro sostiene, ya de manera declarada, ya como insinuación, es la soledad en que vivió Lugones. No se trató de una contingencia, sino de un destino. *Alcanzar en un medio indiferente una vida tan fértil y tan plena es una empresa heroica; su vida entera fue una laboriosa jornada, que desdeñó las recompensas, los aplausos y los honores y hasta la gloria que ahora lo sustenta y lo justifica. Su destino le impuso la soledad, porque no había otros como él y en esa soledad lo encontró la muerte* (p. 13).

Esta soledad hace de Lugones un símbolo potente y doloroso del intelectual latinoamericano. Porque Lugones no buscó la torre de marfil sino la torre de combate. Se sentía caudillo y su vocación más honda lo impulsaba a imponer su guía a los otros hombres. Quiso que sus escritos influyeran real y vastamente en la historia argentina. Acaso sus dotes mejores, pienso, no servían a esta vocación pública. Acaso sea ésta la tragedia de Lugones y una de las claves de su grandeza. Sus intervenciones en política fueron peleadoras, agitados. El libro les dedica un par de páginas respetuosas, más informativas que enjuiciadoras. Reconocen que Lugones actuó siempre al margen de todo provecho y por los motivos más hondos e intachables. *Este libro ("Acción", 1923) inauguró la serie que clausuraría, en 1932, con "El estado equitativo". A través de ellos puede seguirse la evolución que lo llevó a un credo totalitario. Sin detenernos a juzgar, y por cierto a condenar este credo, labor que no incumbe a estas páginas, queremos sin embargo dejar a salvo la indiscutible sinceridad de Lugones* (p. 66-67).

Se insiste en la condición *fundamentalmente verbal* del genio literario de Lugones (p. 11 y ss.). Quería evitar toda trivialidad de estilo, perseguía la dicción trabajada y con frecuencia dada a la búsqueda del efecto insólito. *Las ventajas de esta conducta son evidentes; su peligro es que el sistemático rechazo de lugares comunes conduzca a meras irregularidades que pueden ser oscuras o ineficaces. Lugones tuvo la vanidad de trabajar detenidamente su obra, línea por línea; un resultado de esta dedicación es el elevado número de páginas de índole antológica* (loc. cit.).

Lugones, se agrega, participó de *dos supersticiones muy españolas: la creencia de que el escritor debe usar todas las palabras del diccionario, la creencia de que en cada palabra el significado es lo esencial y nada importan su connotación y su ambiente.* Su actitud estética tuvo vastas repercusiones. Suscitó amplias adhesiones, concitó oposiciones encarnizadas. Su actualidad

no ha desaparecido. *La literatura de América aún se nutre de la obra de este gran escritor; escribir bien es, para muchos, escribir a la manera de Lugones. Desde el ultraísmo hasta nuestro tiempo, su inevitable influjo perdura creciendo y transformándose. Tan general es ese influjo que para ser discípulo de Lugones, no es necesario haberlo leído* (p. 12).

Después de afirmar la inseparable relación de Lugones con el Modernismo y de trazar una concisa descripción de este movimiento (p. 15 y ss.), se estudia a *Lugones, poeta* (p. 27 y ss.). Nos hubiera gustado un examen más detenido de algunas etapas de la trayectoria de esta fase de la obra de Lugones. Si bien algo más se dice al ocuparse de los estudios helénicos, la capacidad de Borges y de Bettina Edelberg puede y debe en una futura edición ofrecernos algo de lo mucho que ahora han callado. El balance, en este aspecto, es sagaz y digno de reflexión asidua. *Nadie discute que Lugones sea un gran poeta; esta definición, aplicada en general a escritores de producción abundante, acepta la presencia de irregularidades y de cierta grandilocuencia. Paradójicamente, resulta más difícil decidir si fue o no poeta. La dificultad es sólo verbal. Si, para tipificar a la poesía, pensamos en Anacreonte, en Keats, en Verlaine, en Garcilaso o, entre nosotros, en Enrique Banchs, hombres de tono íntimo, quizá no podamos incluir en esta categoría a Lugones. En cambio, si pensamos en Pindaro, en Milton, en Hugo, en Quevedo, es evidente que también Lugones tiene derecho a la fama de poeta* (p. 49-50).

En vez del orden cronológico, se ha preferido el temático para referirse a Lugones prosista (p. 51 y ss.). También esta parte incurre en brevedad excesiva, mayor aún, si cabe, que el estudio del poeta. El elogio más cálido es para *El payador*. Hubiera venido bien alguna precisión acerca de las incursiones científicas de Lugones, un rasgo mucho más aclarador de su personalidad de lo que suele creerse. En cambio, es destacada la preocupación de Lugones por lo helénico (p. 59 y ss.). El juicio acerca de las traducciones homéricas es duro y certero. *Más atento al significado de las palabras que a su valor estético, Lugones las combina y las prodiga con extraña insensibilidad. Y esta acotación de carácter general y admonitorio: Tengo la convicción —escribe Lugones— de que mi comentario es interesante y de que mis traducciones son buenas. Acaso le parecieron buenas porque en cada palabra seguía oyendo el texto original; tal ilusión es frecuente en los traductores, y casi inevitable. Esa iluminación indirecta no alcanza al lector, que no ve sino el resultado último del trabajo* (p. 62).

Los capítulos que siguen a *Lugones y la Política* y *El narrador*, donde con justicia se encarecen los méritos excepcionales de algunos cuentos de *Las fuerzas extrañas*, son más ocasionales que los precedentes. No falta la observación precisa y, sobre todo, la referencia a situaciones inimitables de la literatura argentina. Pienso, muy particularmente, en el artículo *Las nuevas generaciones literarias* (p. 75 y ss.) aparecido originariamente en *El Hogar*, febrero 1937, y que desató alguna respuesta polémica.

En *Página final*, Borges intenta un examen más a fondo y personal de Lugones. Su punto de partida es la concepción literaria de Flaubert y el culto del *mot juste* que en Lugones degeneró en el “*mot surprenant*” y la *página proba en la mera página de antología hecha de triunfos técnicos, menos aptos para conmover o para persuadir que para deslumbrar*. Las mejores virtudes críticas de Borges reaparecen con brillo. Lúcido, penetrante, dice sin rodeos lo que piensa. *Lugones encarnó en grado heroico las cualidades de nuestra literatura, buenas y malas. Por un lado, el goce verbal, la música instintiva, la*

*facultad de comprender y reproducir cualquier artificio; por el otro, cierta indiferencia esencial, la posibilidad de encarar un tema desde diversos ángulos, de usarlo para la exaltación o para la burla (p. 96).*

Sería desleal exigir a este libro lo que no promete y juzgarlo desde esta imaginaria deficiencia. No tiene pretensiones de obra fundamental, de trabajado empeño analítico. Se trata, como la *Advertencia* lo subraya, de una introducción, una guía —utilísima— para el lector que inicia el conocimiento de Lugones. Para el lector ya avezado, abundan las oportunidades de reflexión, de discusión y de disfrutar de una prosa excelente. Su aporte a los estudiantes seguirá siendo, como hasta ahora, valioso.

A. RUIZ DÍAZ